



# Impedir que el mundo se deshaga. Por una emancipación ilustrada

Alicia  
GARCÍA RUIZ

Este es un trabajo más bien breve, pero intenso, que tiene la virtud de concentrar su contenido en unas pocas páginas esenciales. Su autora ejerce en Filosofía Contemporánea en la Universidad de Barcelona y demuestra ser buena conocedora de los pensadores de la actualidad.

Arranca con una cita de Camus, pronunciada en su discurso de aceptación del premio Nobel de Literatura, el 10 diciembre 1957, a los 44 años. El hombre de la rebeldía y la revuelta, el que polemizó agriamente con Sartre, está de vuelta de muchas cosas. Ya no aspira a rehacer el mundo, pero sí a impedir que se deshaga (*empêcher que le monde se défasse*). No tuvo mucho más tiempo para hacerlo, ya que murió a principios de enero de 1960 en un accidente de coche ("no conozco nada más idiota que morir en un accidente de auto", escribió con motivo de la muerte del ciclista Fausto Coppi).

La Filosofía ha de pensar lo que sucede en el presente. Los mantras de casi todos los entornos mediáticos repiten cansinamente que lo que acontece es que la sociedad se hunde porque están desapareciendo los valores. ¿Es exactamente así? Este libro demuestra que la Revolución francesa nos dejó en el horizonte tres grandes pilares que toda conciencia ilustrada tiene que alcanzar: "la libertad, la igualdad y la fraternidad" (página 12). Son valores plenamente vigentes que la organización política democrática tiene que plantearse mantener en el ámbito de los pueblos. El mejor guía para ello sigue siendo Kant, que pidió en su tiempo la emancipación de las conciencias con su lema "atrévete a pensar", cuando los seres humanos sólo sabían obedecer, pagar, creer, etc., porque esto era más cómodo que emplear la propia razón para no dejarse guiar por otro, emanciparse y hacerse libres.

García Ruiz estudia la *libertad* a través de H. Arendt, que la pudo experimentar cuando se encontraba en Estados Unidos. Allí se fundó la libertad. Sin embargo, más tarde sucedió la crisis con el *Watergate*. Mientras que en su obra de 1963, *Sobre la revolución*, elogió sin reservas los movimientos emancipatorios americanos, cuando la situación se desplomó dio cuenta de su amargura en *Crisis de la República*. Arendt se

entusiasmo con la libertad común, fruto de una voluntad colectiva para conseguirla. Ya sólo quedaba "pensar el presente en tanto crisis" (página 17). A pesar de las ideologías tan encontradas, Arendt consideró el reflejo de Gramsci, cuando se planteó la muerte del viejo mundo, sin que el nuevo acabara de nacer. Se sitúa así entre el pasado y el futuro.

Arendt se sintió atraída desde el principio por los espacios de libertad colectiva. Entendía que el pueblo debía respetar la autoridad, que no es lo mismo que la sumisión a ella. Al pueblo norteamericano se le había ocultado la verdad, o mejor, se le había mentido sobre los hechos por parte de los máximos dirigentes con "la profesionalización de la política de la mentira" (página 40). Entonces sólo quedaba volver a un planteamiento individualista y abstracto de la libertad. La versión horizontal de la vida se realizaba ahora en una rotunda verticalidad, en cuyo caso sólo quedaba regresar *A casa a dormir*, según su texto de 1975. El Estado se había convertido en algo descomunal, en el que la participación se hacía impensable. Ya no era posible la libertad colectiva más que desde una nueva revolución.

Claude Lefort ilumina estas concepciones teóricas, distinguiendo entre 'revolución' y 'libertad'. La prueba de que no son lo mismo es que hay veces que un ideal revolucionario aplasta la libertad. Semejantes sutilezas se entienden bien en la actualidad, cuando algunos tratan de imponer la libertad a la fuerza, lo que parece una contradicción evidente. Lo que habría que analizar es si el nuevo poder instituido se ejerce colectivamente con el pueblo libre, o si adoptan bajo tramas ocultas nuevas posiciones dominadoras.

El segundo gran valor es el de la *igualdad*. Cada día asistimos prácticamente insensibles al crecimiento de las desigualdades sociales, políticas y económicas, porque nos encontramos impotentes ante los nuevos índices de aumento de las mismas. Muchas veces entendemos que es la izquierda política la que tiene que hacerse cargo de este valor, sin darnos cuenta de que no sólo hiere a la sociedad, sino que es "un formidable desafío institucional" (página 48). Porque, según Rancière, "la igualdad" es "la condición de posibilidad de la política misma" (página 49). Nada menos. No sólo se relacionan los dos conceptos de libertad e igualdad, sino que E. Balibar lanza el concepto de *egaliberté* (igualibertad). Y es que sin la igualdad no puede haber libertad y mucho menos libertad política. Por eso, es necesario implicarnos en las prácticas de igualdad.

Rancière mantiene que la democracia es la manifestación del principio igualitario. Es correcto. No podría gobernar el pueblo si los que lo forman no fueran iguales y el voto de unos tuviera más valor que el de los otros. Por eso en otros tiempos no había democracia, propiamente dicha, estando prohibido el sufragio femenino. Incluso en la actualidad, el pensamiento feminista tiene que formar parte de la sociedad democrática, en la que no caben exclusiones de ningún tipo.

Puede decirse que somos iguales como seres humanos, pero desde el mismo nacimiento en uno u otro ámbito social estamos condicionados, por lo que no somos iguales ni económicamente, ni socialmente, ni culturalmente. Cuando las instituciones culturales y educativas están sujetas a un precio, sólo quien tiene capacidades económicas puede acceder a ellas. Ni siquiera las becas lo permiten, porque la realidad es que las matriculaciones son cada vez más elevadas, mientras que decrecen, paralelamente, las ayudas. Por eso la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano empiezan afirmando que "todos los hombres nacen libres e iguales". Bien, pero una cosa es decir y otra hacer. Hacen falta condiciones de realización de lo que se afirma. Todo hombre (y toda mujer, naturalmente) debe ser por lo mismo ya ciudadano. Pero habría que reconocer que todo esto es demasiado frágil, por eso mismo debería cuidarse mucho más.

El término *fraternidad* es, igualmente, un "principio político" (página 66). Defender la fraternidad es lo mismo que afirmar "una sociedad civil de personas plenamente libres e iguales" (página 78). En la actualidad, el concepto de fraternidad acostumbra a sustituirse por el de solidaridad. Este último parece más civil que religioso. Sin embargo, no es bueno semejante cambio, porque los dos conceptos no tienen la misma fuerza. Por ejemplo, la solidaridad obrera, crea vínculos entre trabajadores para apoyarse mutuamente y defender intereses comunes. Fraternidad, en cambio, no es otra cosa que hermandad: somos hermanos. Puede haber desventajas naturales azarosas que sólo el cuidado (fraternal) puede corregir. Aquí no se puede carecer de relación, a no ser excepcionalmente.

Si nadie se basta a sí mismo y todos somos vulnerables, son necesarias "las prácticas del cuidado" (página 85), porque ninguna vida puede tener solamente un valor económico.

García Ruiz levanta su voz en el último capítulo contra las políticas "de voluntariado como sustitutivo de las políticas de bienestar social" (página 105). Sin duda, son discriminatorias, porque expropian la riqueza colectiva. Entiéndase bien, habla de las *políticas*, no de las gentes que ejercen el voluntariado social. ¡Cuánto se aprovecha de esto el capitalismo antiguo y nuevo!

Empezamos hablando de los tres pilares que dejó la Revolución francesa. Sólo resta preguntar en nombre de quién se concibieron. Naturalmente, en nombre del pueblo, pero ¿qué es el pueblo y a qué desafío se enfrenta? Uno, "las formas de organización política" que tienen ahora tal complejidad y tamaño que puede hacer imposible la participación de los ciudadanos. Otro es el asunto de la desafección política, que implica una verdadera ruptura del contrato. Por último, el probable desbordamiento de las nuevas experiencias políticas colectivas. Hay que defender con firmeza que el pueblo sólo puede ser "un *operador político*" (página 112) para denunciar la exclusión: "el pueblo [...] no existe salvo como demanda ante una exclusión, lo popular no es un atributo fijo sino un proceso, efectuado desde una pluralidad de escenarios a menudo irreductibles y, finalmente, que el populismo hoy actúa más como una consigna mediática cuyo referente es invariable que como un diagnóstico a corazón abierto, urgente e imprescindible, sobre el presente, tan problemático e injusto, que habitamos" (página 116-117).

Ficha técnica del libro:

Título:	Impedir que el mundo se deshaga. Por una emancipación ilustrada
Autor:	Alicia GARCÍA RUIZ
Editorial:	Madrid, Catarata, 2016
Número de páginas:	117

Julián ARROYO POMEDA

